

Los cangrejos ermitaños y el proceso de aprendizaje

Juan R. Grissolle Gómez
*Presidente del Instituto colombiano de
 Investigaciones pedagógicas y sociales*

Los cangrejos ermitaños son crustáceos muy débiles, debido a que tienen el abdomen notoriamente blando y su desplazamiento es lento. Remedian su debilidad, adoptando como *casa – armadura* el caparazón de un difunto caracol buccino, de manera que queden protegidos. Lo curioso de ese recurso es que el cangrejo camina llevando su casa a cuestas. Sin embargo, cuando necesita comer, abandona su habitáculo mientras se alimenta y retorna a él ya satisfecho. Por supuesto, nunca se aleja demasiado porque su instinto de sobrevivencia le dice que puede ser fácil presa de sus depredadores.

Lejos de lo que se suele creer, a este cangrejo no solamente le preocupa su seguridad (sobrevivir), sino que se garantiza también la comodidad (su libre movimiento que es salud). Por ello, cuando crece lo suficiente como para no sentirse cómodo en su vieja morada, entonces acude al mercado de finca raíz natural y adquiere una nueva vivienda. En otras palabras, busca un caparazón más grande y se muda a vivir allí más a gusto, más confortablemente.

La mente humana opera de forma análoga. Los seres humanos, en tanto seres sociales, no se bastan a sí mismos. En la construcción del *yo*, el individuo debe salir del caparazón de su conciencia a nutrirse de ideas, experiencias y sentimientos de las personas de su entorno, para luego retornar a reestructurar su propio *yo*, como autoconciencia de sujeto en formación permanente. Una mente sana debe estar en proceso de mejoramiento continuo, porque el *yo* cambia en la dinámica de los aprendizajes que se requieren para vivir. El proceso de adaptación es precisamente la expresión de los cambios, derivados de los aprendizajes de vida en el discurrir de la cotidianidad. El ser humano, en tanto ser social, es esencialmente la conjunción de todo lo aprendido en el mundo de la vida.

Incubación social e interiorización individual

El aprendizaje, que es un fenómeno cognoscitivo de construcción de representaciones subjetivas y significativas de objetos o situaciones de la realidad, también es un juego de elaboraciones internas

y de búsquedas externas de lo que se desea asir en la memoria. La persona en proceso de formación (persona normal), recoge informaciones pertinentes que tocan sus intereses, sus necesidades, las cuales se traducen en sensaciones y percepciones; cuando estima que el volumen de los contenidos de tales informaciones es suficiente y pertinente, es porque ya ha ocurrido la incubación; acto seguido, la atención retorna a la memoria y extrae de ella la estructura cognoscitiva que contiene los conocimientos relacionados con lo nuevo que trajo; luego empieza el proceso de construcción del nuevo conocimiento, a través del entrelazamiento de la nueva información con los conocimientos viejos que conforman la estructura cognoscitiva relacionada. Al transformarse la estructura, se ha construido el nuevo conocimiento.

Si bien, el proceso descrito es absolutamente subjetivo, fruto de actos de interiorización, siempre estuvo precedido de otros actos de interacción social, de manera que en todo aprendizaje hay un desplazamiento de lo social a lo individual y posteriormente, la validación del nuevo conocimiento implica un retorno al ámbito social, mediatizado por el lenguaje, como acto de comunicación.

Interacción social Procesamiento individual Ámbito social
(Incubación) (Interiorización) (Validación)

Ahora bien, todo buen aprendizaje es el resultado del equilibrio entre los procesos de cognición tanto sociales como individuales. Cuando la interiorización es tan desmedida que eclipsa la relación social, se desarrolla un conocimiento tan ensimismado que puede rayar en riesgo para la colectividad que rodea al sujeto aprendiz; tiende, además, a la enajenación de éste, que puede caer en la megalomanía o en el narcisismo, como es el caso de los inventores de armas letales para la humanidad, como la bomba de hidrógeno, o de aquellos funcionarios públicos corruptos, que al decir de Francis Bacon, son capaces de incendiar una casa con el

sólo propósito de freir un huevo. Por el contrario, cuando los requerimientos sociales del nuevo saber se desbordan hasta opacar la interiorización, entonces el nuevo conocimiento no es apropiado y por tanto no es plenamente comprendido; el resultado es un saber caótico, carente de sentido y de suficiente significación para el aprendiz; es un saber mecánico y como tal inútil. Es el saber, propio de la escuela colombiana. Dicho saber corresponde a esas personas cuyo pensamiento se mueve al vaivén de los vientos de la moda o de los poderes reinantes, sin someterlos al necesario juicio de su propia conciencia.

En estos aprendizajes desequilibrados, se produce una ruptura entre el ser social y el individual del sujeto, lo cual repercute en su forma de vida; por tal razón estas personas piensan de una manera y actúan de otra; son incoherentes e inconsecuentes consigo mismos, porque están rotos en su estructura mental. Esa fractura psicológica es la responsable que inocente o perversamente, exijan a los demás conductas que ellos no están dispuestos a asumir, es decir, que pongan en hombros ajenos “cargas que ellos no desean llevar”, como sostiene el evangelio. De manera, que los vicios en las formas de aprender se traducen en vicios en las relaciones sociales y consecuentemente, en la forma de vivir. Esto ocurre, reiteramos, porque al no aprender bien, tampoco se puede pensar bien y no olvidemos que los aprendizajes son la materia prima del pensamiento; obviamente, no se piensa bien porque el **yo** está roto.

No obstante lo anterior, la calidad del nuevo conocimiento no solamente depende del equilibrio de los procesos cognitivos sociales e individuales ya descritos, sino que también está en relación directa con la riqueza y la complejidad de la estructura cognoscitiva correspondiente. En consecuencia, la construcción de la representación cognoscitiva de la nueva noción, concepto o categoría será más clara y acabada, cuanto más vasta sea la estructura de los saberes previos del sujeto aprendiz y será más

significativa, cuanto más útil sea para enriquecer la convivencia del sujeto en proceso de aprendizaje. Esto hace que las formas y los contenidos de los aprendizajes estén estrechamente ligados a los entornos sociales y culturales.

Cuando la vieja estructura cognoscitiva es abundante, rica en saberes relacionados, entonces la mente puede hallar ejes de interacción, en torno de los cuales puede construir redes de conocimientos, que se organizan como obras creativas de diverso orden, según las técnicas de creación que maneje el sujeto aprendiz: el resultado del esfuerzo puede ser un cuadro, una escultura, una obra musical, un poema, un cuento, un ensayo, un descubrimiento o una invención científica. La construcción de tales redes conceptuales, requiere procesos de metacognición, considerando que el sujeto no sólo debe saber aprender, sino que también debe saber cómo aprende; debe conocer o intuir sus rituales de aprendizaje, que también son subjetivos, como toda interiorización, para poder desarrollar sus aptitudes como creador.

Aprendizajes rotos y aprendizajes autónomos

A diferencia de los cangrejos ermitaños que cambian de morada según su conveniencia vital, los seres humanos parecen tener caparazones mentales adheridos a su ser a la manera de las tortugas, porque tienden a permanecer anclados en los mismos pensamientos y en las mismas formas de vida, sin medir las consecuencias de su estatismo. La especie humana se aferra tanto a lo que cree que es o a lo que **tiene**, que en ocasiones prefiere la muerte, a abandonar el viejo caparazón, por dañino y obsoleto que este sea.

Esa manera rígida y hermética de pensar, obedece a la manera poco equilibrada de aprender; aprenden sólo para satisfacer las necesidades de la élite que subrepticamente los dirige y casi nunca para satis-

facer sus propias necesidades de realización. La sociedad a través de la cultura y la tradición, elimina sus necesidades individuales y les reduce la vida a cumplir con los supuestos requerimientos sociales; parecen ignorar que un ser humano sólo justifica su condición como tal, cuando mantiene vigentes sus sueños individuales.

Así como los cangrejos ermitaños, por razones de seguridad, a veces se rehúsan a salir de su caparazón o no se alejan lo suficiente de su habitáculo, de la misma manera los seres humanos, al asumir sus aprendizajes, se quedan atrapados en la hermética armadura de su **yo** en el proceso de interiorización conceptual. Ese aferramiento es el que propicia la alienación y la irracionalidad que estimula a permanecer en la misma postura de siempre, por inconveniente e inoportuna y a veces peligrosa, que esta sea. Parecería que la vida y el mundo no fuesen dinámicos. Los descritos son casos en los cuales el ser humano se extravía de sí mismo, quedando atrapado en las redes de los otros que lo dominan, sin que él tenga conciencia de esa dominación. Hace falta agregar, que si bien el cambio es la condición necesaria para la supervivencia de los seres humanos, también hay que reconocer que los principios ideológicos y éticos, como cimientos en los cuales descansan los pilares del pensamiento, en lo posible deben permanecer inamovibles, puesto que ellos constituyen el caparazón de la conciencia; sobre ellos se construye la coherencia y el sentido de la vida misma.

Para que haya una interiorización real, es preciso que el sujeto esté dentro de su **yo**, es decir, que aprenda autónomamente, porque de otra manera llegan los depredadores conceptuales que siempre están en el ambiente y devoran toda posibilidad de construcción individual. De manera análoga a los cangrejos ermitaños, hay que saber llevar el **yo** a cuestras. En otras palabras, hay que aprender a elegir en qué momento es necesario permanecer bajo el cálido abrigo de la conciencia, lo mismo que en qué situa-

ciones es preciso salir a alimentarse de los otros, para luego retornar enriquecido.

Las personas de aprendizaje roto, aunque como todo ser humano, añoran el éxito en la vida predicativamente hablando, no lo buscan en realidad porque su mellada autoestima no les permite asumir los riesgos que toda búsqueda difícil implica; esa es la razón por la que se adaptan a la comodidad de contemplar el mundo, sin intentar transformarlo de modo que se ponga a su servicio; cuando tal actitud se torna en rutina, entonces quedan amarrados a la mediocridad, que es una forma de vivir sin peligro de equivocarse, pero a costa de ver marchitarse su inteligencia. Estas personas no desean sino aprendizajes mínimos que demanden esfuerzos pequeños, a fin de satisfacer apenas lo necesario para sobrevivir, por lo cual se lanzan en brazos del azar para que la fortuna llegue en el momento que menos esperen y más la necesiten. Otra forma de alienación es aceptar la dura realidad como algo inevitable, puesto que ya estaba escrito en el libro del destino o tal vez era esa la voluntad de Dios. La resignación es su refugio. La consigna en estos casos, es quedarse encerrados en el estrecho caparazón que era necesario abandonar.

La familia es inicialmente responsable de esta equivocada forma de aprender, pero las instituciones educativas son las más comprometidas con esta tragedia humana, porque la inmensa mayoría de sus docentes se dedican a quebrantar la autoestima y la autonomía de los niños y los jóvenes; padres y docentes caen en la trampa de promover la subvaloración y la minusvalía como si fuesen sinónimos de humildad, preocupados por la preservación de los valores cristianos o lo que es peor, por una actitud pusilánime ante la libre reacción de los hijos o estudiantes. No cabe duda de que los seres humanos necesitan humildad y sencillez para no pisotear a los demás, pero también requieren orgullo y altivez para percibirse como imagen y semejanza de Dios y de esa manera, sentirse capaces de

alcanzar lo difícil; hay momentos en los que requieren incluso cierta arrogancia, para atreverse a desafiar lo que los demás consideran imposible.

La vida moderna exige cada día más, aprender a buscar lo deseado con esfuerzo, de manera que exista realmente la posibilidad de encontrar. La verdad es que eso sólo se puede lograr cuando se sabe pensar con autonomía, libre de toda cautividad; saber pensar autónomamente es el prerequisite necesario para poder aprender a aprender también con autonomía, es decir, conservando el equilibrio entre la incubación social y la interiorización individual. Así como los cangrejos ermitaños deben asumir el riesgo de salir de su caparazón para buscar su alimento, así también hombres y mujeres tienen que salir de su **yo**, para hallar en los demás el alimento que les garantiza la cordura y el desarrollo de la condición humana. De esa manera estarán dadas las condiciones para salir a buscar el éxito allí en donde otros sólo ven la utopía.

Bibliografía

- Ausubel, David P.. Psicología Educativa. México D. F.: Trillas, 1982.
- Entwistle, Noel. La comprensión del aprendizaje en el aula. Barcelona: Piados, 1991.
- Durkheim, Émile. Educación y Sociología. México D. F.:Coyoacán, S. A., 1999.
- Gadamer, Hans Georg. Verdad y Método. Salamanca: Sígueme, 1994.
- Gardner, Howard. Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Piaget, Jean. Psicología y Pedagogía. Barcelona: Ariel, 1980.
Psicología y Epistemología. Bogotá: Planeta-Agostini, 1985
- Vigotski, Lev S.. El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Barcelona: Crítica, 1996.